

Los que habian entrado por los otros caminos, como fueron más diligentes en cegar los fosos, se salvaron con menores pérdidas.

En tal situacion los sitiadores, vieron desprenderse de las alturas del templo mayor nubes de humo de copal ofrecido á los dioses por la victoria obtenida, y creció y se hizo más honda su pena cuando los vencedores, para desanimar á sus enemigos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. Éstos se encaminaron por Ixtapalapan á su campamento hostigados sin cesar por los mexicanos.

Cuando llegaron á Tlalteloleo supieron el desastre y retrocedieron venciendo mil dificultades.

La pérdida que tuvieron los sitiadores en esa memorable jornada, fué de siete caballos, muchas armas y barcas, un cañon, más de mil aliados y más de sesenta españoles. Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo uno de los sitiadores que no quedase maltratado.

Los mexicanos celebraron, durante ocho dias, tan señalada victoria con toda clase de regocijos, enterrando sus cadáveres y honrando á los valientes: abrieron nuevos fosos, repararon sus trincheras y mandaron á las provincias más lejanas la noticia, haciendo conducir las cabezas de los españoles como testimonio inequívoco de su triunfo.

#### LECCION DÉCIMACUARTA.

Las luchas del asedio de México se encarnizan.—Infructuosas tentativas de Cortés para la paz.—Los tlaxcaltecas atacan á los mexicanos.—Nuevos auxilios á Cortés.—Estrecha el sitio.—El 21 de Julio.—Avances de Cortés.—Incendio del gran templo.

Miéntas convalecian los españoles de sus desgracias y curaban sus heridos, no descuidaron el asedio en la interceptacion de víveres, poniendo en la mayor actividad los bergantines.

Los mexicanos quisieron inutilizar esos medios poderosos de actividad y construyeron treinta canoas grandes ó piraguas, desde donde combatir más cómodamente por agua; al mismo tiempo sembraron ciertas partes del lago por donde debian pasar los bergantines, de grandes estacas. Así dispuestos, provocaron el combate, haciendo un falso llamamiento á los españoles. Éstos acudieron con ímpetu, empeñándose en la persecucion de las pequeñas barcas que los desafiaban y cayendo en la emboscada en que las estacas les quitaban todo movimiento.

Acometen entónces los mexicanos haciendo grande estrago en los españoles; en lo más apurado del conflicto, varios españoles, buenos nadadores, arrancan las estacas, y ponen á flote los bergantines no sin grandes pérdidas, entre ellas la de un comandante de los bergantines.

Quisieron los mexicanos repetir la estratagema, pero sabedor de ello Cortés, pagó engaño por engaño, y en el encuentro perecieron todos los mexicanos que le quisieron atacar en las piraguas, con excepcion de algunos nobles que cayeron prisioneros y que mantuvo Cortés en tal estado para procurar negociaciones.

Mandó Cortés un mensajero al rey, haciéndole presente los males que sufría su reino, los estragos del hambre y el forzoso resultado del asedio, anunciando no se renovarían los combates.

Añadía el mensaje que no se pretendía la humillacion de los mexicanos, ni arrebatárles sus creencias y gobierno, sino que se trataba únicamente de que prestasen reconocimiento al rey de España, cosa que apoyaba sus conveniencias y sus respetables tradiciones.

El rey reunió á la nobleza y á los sacerdotes para que deliberasen sobre las proposiciones de Cortés. Hubo algunos nobles que opinaron por la paz en vista de tantos horrores y del mal éxito que habia tenido toda la resistencia; pero la generalidad, y especialmente los sacerdotes, movidos por un sentimiento religioso y más por el amor de la independencia, rechazaron toda proposicion, le representaron la iniquidad de toda conquista, se consideraron fuertes con su derecho de defender hasta el último trance sus libertades, y contestaron á Cortés que se defenderian hasta el último trance, desairando su mensaje.

A la vez que se ocupaba Cortés de estas infructuo-

sas tentativas de paz, los malinalcos y los matlazincas atacaron á sus aliados y los amenazaban muy de cerca. No pudo desentenderse Cortés de estos peligros, y envió dos expediciones, una que mandaba Tapia en direccion á Cuauahuac; la otra, á cuya cabeza se puso Sandoval, á Toluca: ambas expediciones hicieron mil hazañas, que dieron por resultado la sumision de esos pueblos hostiles que se aliaron con otros á Cortés, aislando de todo punto á los mexicanos.

“Tenia, dice Clavijero, aquella desventurada Corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan, “lar repúblicas de Tlaxcala, de Huejotzincó y de Cholula, casi todas las ciudades del Valle de México, “las numerosas naciones de totonacas, mixtecas, otomías, tlahuicas, cohuixecas, matlazincas y otras, que “además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba por su ruina y la otra “mitad lo miraba con indiferencia.”

Viendo los tlaxcaltecas la inaccion de los españoles y deseando su general Chichimecatl señalarse por notables hazañas, emprendió por sí mismo con sus fuerzas una embestida á los mexicanos.

Distribuyó sus fuerzas de modo que le cubriesen en todo evento la retirada y penetró con los suyos al interior de la ciudad. Sostuvo allí encarnizados combates en que hubo muchos muertos de una y otra parte. Cargaron los mexicanos rabiosos contra sus enemigos, y creían vencerlos totalmente en su persecucion, cuando les salió al encuentro la retaguardia

de Chichimecatl; entónces se hizo más desesperado el combate, del que salió airoso el general Chichimecatl, volviendo á su campo cubierto de gloria.

Los mexicanos, heridos en lo más vivo contra los tlaxcaltecas, les acometieron en gran número en el campo mismo de Alvarado: defendiéronse españoles y tlaxcaltecas heroicamente. Advertido Cortés de lo que pasaba, penetró en la ciudad, de suerte que, al regresar perseguidos los mexicanos, se encontraron entre dos fuegos, peleando furibundos y perdiendo muchísima gente, pero sin desmayar un solo instante.

Coincidiendo con estos sucesos, llegaron á Cortés por Veracruz nuevos socorros para continuar el asedio.

No obstante, el príncipe Ixtlilxochitl había aconsejado á Cortés, que sin emprender nuevas hostilidades ni exponer más gente, estrechase el sitio, pues sólo el hambre le daría la victoria más segura, sin destruir los edificios ni que se produjesen más horrores.

Aunque Cortés acogió el consejo con entusiasmo, tanto que abrazó al joven príncipe y le felicitó por su prudencia, las fuerzas sitiadoras, poco conformes con la inacción, repetían sus entradas á la ciudad y hallaban cada vez más obstinados y resueltos á los mexicanos á no dejar las armas hasta que no abandonasen el país los invasores.

Impuesto Cortés con enojo de tal resolución, decidió penetrar en la ciudad, pero sin dar un solo paso sin destruir ántes todos los edificios que se hallasen

á su tránsito, cegando los fosos, y estrechando así el sitio con mayores seguridades.

Hizo nuevas entradas con sus españoles y con sus aliados, apoyados por los bergantines en estos encuentros, que fueron muy encarnizados: la suerte de los sitiados y sitiadores fué muy varia, encontrándose á veces comprometida la vida del mismo Cortés, y una de ellas expuestos los bergantines á perecer por el gran número de canoas que los atacaron.

Hiciéronse célebres en estos ataques algunas mujeres que acompañaban á las fuerzas españolas, armándose, haciendo guardias y peleando como los más valerosos soldados. Llamábanse estas mujeres María Estrada, Beatriz Bermúdez, Juana Martínez, Isabel Rodríguez y Beatriz Palacios.

El 21 de Julio se hizo una grande entrada á la ciudad, arruinando muchos edificios, entre otros el magnífico palacio de Cuauhtemotzin, y dando por resultado la ansiada comunicación del campo de Cortés con el de Alvarado.

Este empuje redujo á los mexicanos á las tres cuartas partes de la ciudad.

Por una señora mexicana que cogió Cortés prisionera, supo que los sitiados estaban en el último extremo, que el hambre hacía en ellos estragos espantosos, que la discordia los devoraba, porque el rey, los sacerdotes y la nobleza estaban decididos á morir ántes que ceder, pero no así el pueblo, que se encontraba desanimado y cansado del asedio.

Confirmadas por otros varios conductos tales noti-

cias, se apresuró á poner término á semejante situación con la toma de la ciudad.

El mismo 21 se apoderó Cortés de una larga calle cuyas casas destruyó en su totalidad; cuando verificaba tal aniquilamiento, gritaban los sitiados: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendréis que reedificarlas;" á lo que contestaban los sitiadores: "Las reedificaremos si somos vencidos; pero si no, vosotros las repararéis para que se alojen vuestros enemigos."

No pudiendo los mexicanos contener tanto estrago, hicieron unas fortificaciones ambulantes de madera para hostilizar desde ellas á los españoles, y sembraron de obstáculos el suelo en todas direcciones para impedir los movimientos de la caballería.

Pero los aliados convirtieron en su provecho aquella estratagema, llenando los fosos con los escómbros y facilitando así los movimientos de los españoles.

Éstos, en su entrada del 26, ganaron dos fosos.

Alvarado empleaba por su parte la mayor actividad en sus operaciones. En medio de repetidos y encarnizados combates, penetró hasta las inmediaciones del palacio de Cuauhtemotzin. De allí tuvo que retroceder entre la persecucion y el incendio.

Observando Cortés por aquella parte una gran humareda, corrió en auxilio de Alvarado, apoderándose de varios puntos importantes, y allí en Tlaltelolco, con indecible júbilo, se reunieron las fuerzas españolas que habian estado separadas desde que comenzó el sitio.

Después de posesionarse Cortés de la plaza con alguna caballería, subió al templo, desde donde pudo distinguir y cerciorarse que sólo le quedaba por tomar una parte de ella. Mandó entónces prender fuego á las hermosas torres del suntuoso templo, en donde, como en el de Tenochtitlan, se adoraba al dios de la guerra.

A la vista de aquella hoguera inmensa se oyeron gritos de horror y de espanto..... Conmovido el mismo conquistador, mandó que cesase el incendio y que se hiciesen nuevas proposiciones de paz á los mexicanos.

#### LECCION DÉCIMAQUINTA.

Suspension de hostilidades.—Nuevas proposiciones de Cortés, que son rechazadas.—Matanza de doce mil indios.—Sigue horrorosa la carnicería.—Luchas extremas.—El 13 de Agosto de 1521.

En los avances que hacia Cortés, destruyéndolo todo y forzando el sitio, encontraba á ancianos y mujeres que se mantenian de yerbas y de insectos, y niños que pugnaban por arrancar las cortezas de los árboles para comer. En vista de tanta desolacion, mandó Cortés suspender toda hostilidad, y se afirmó en su idea cuando, al penetrar en la plaza del mercado, halló mucha gente desarmada y hundida en el más profundo desaliento, atribuyendo la resistencia que se hacia, á sólo los sacerdotes y los nobles.

Aprovechando semejantes circunstancias, hizo nuevas proposiciones de paz, que fueron rechazadas con la mayor energía.

Entonces mandó Cortés á Alvarado que penetrase á sangre y fuego por una gran calle que tenia como mil casas, y el feroz capitan lo hizo con tal ímpetu, y fué tan sin igual su guerra, que se calcula que en ese solo día murieron sobre 12,000 personas.

Los aliados se cebaban en las mujeres y los niños, derramando á torrentes la sangre.

Desde el día siguiente al de esta espantosa carnicería, Cortés apeló á negociaciones que, apénas se intentaban, cuando eran destruidas, y que se renovaban sin fruto alguno, pidiendo los sitiados la muerte entre clamores espantosos, como único bien que deseaban de mano de los españoles.

A Cortés le decian: "Si eres hijo del Sol, como algunos creen, ¿por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un día termina su carrera, tardas tú tanto en poner fin á nuestros males con la muerte? Queremos morir para ir al cielo, donde nos espera nuestro dios Huitzilopochtli para darnos el reposo de nuestras fatigas, y el premio de nuestros afanes."

Cortés hablaba de paz, enviando al rey vanos mensajes, que siempre fueron rechazados ó eludidos.

El conquistador habia dado orden á los aliados que permaneciesen fuera de la ciudad miéntras duraban las conferencias de paz; pero perdida toda esperanza, ordenó que atacasen á un tiempo todos los fuertes y

las fortificaciones que defendian la ciudad. Así lo hicieron, preparándose á tomar los fosos principales más de 150,000 hombres reunidos á los del campo de Alvarado, miéntras Sandoval con su ejército atacaba la parte Norte de la ciudad.

Aquel día fué el más infausto para los mexicanos; desarmados, exangües y en el último extremo, peleaban con la mayor bravura, pero con débiles esfuerzos; las casas y los templos ardian, el suelo estaba totalmente cubierto de cadáveres; se oian por todas partes gritos de dolor y alaridos de desesperacion.

Los historiadores dicen que los españoles más se ocupaban en contener las tropelías de los aliados que en combatir. Cortés calculó el estrago de aquel día tremendo, en 40,000 mexicanos entre muertos y prisioneros.

La intolerable fetidez de los cadáveres insepultos, obligó á los sitiadores á retirarse de la ciudad; pero el 13 de Agosto renovaron sus esfuerzos para tomar Tlaltelolco, último punto que aún conservaban los mexicanos.

La artillería, la caballería, los españoles todos fueron repartidos convenientemente, y cercaron á Tlaltelolco.

Cortés, desde un lugar eminente, hizo señas á los mexicanos, y dirigió la palabra pidiendo que rogasen á su rey accediese á la paz.

Dos nobles se dispusieron á llevar el mensaje, y volvieron acompañados del Cihuacoatl ó supremo magistrado de la corte.

Cortés recibió á este personaje con singulares demostraciones de honor y de amistad; pero éste, con majestad imperturbable, le dijo:

“Ahorraos el trabajo de solicitar entrevistas con mi rey y señor Cuauhtemotzin, porque éste está resuelto á morir ántes que ponerse voluntariamente en vuestra presencia. Adoptad las medidas que os parezcan convenientes, y poned en ejecucion vuestros designios.”

Cortés le dió por toda respuesta, que fuese á decir á los suyos que se preparasen á morir.

Entretanto, las mujeres y los niños se habian dirigido á Cortés pidiéndole socorro é implorando compasion. Cortés recibió con benignidad á estos desdichados y mandó que se les pusiera en seguridad entre los españoles; pero éstos y sus aliados inícuos sacrificaron más de 1,500 de los que solicitaban su arrimo y proteccion.

Reducidos á brevísimo espacio los sitiados, los nobles y los militares ocupaban las azoteas.

Cortés dió la señal del ataque, mandando que se disparase con arcabuz.

El encuentro fué espantoso, no quedando un solo palmo de terreno á los sitiados; muchos se arrojaban al agua, y otros se rendian á los vencedores. La gente principal tenia preparadas barcas para escapar llegado este último trance. Cortés, que lo habia previsto, dió órdenes á Sandoval de apoderarse, con los bergantines, del puerto de Tlaltelolco y cortar la salida á todas las barcas que la intentasen.

A pesar de la diligencia de Sandoval, escaparon algunas barcas, y entre ellas las que conducian las personas reales.

Sabida la novedad por Sandoval, dió orden á García Olguin para que persiguiese y se apoderase á toda costa de los fugitivos, lo que ejecutó con la mayor destreza.

En la mayor parte de las piraguas estaban Cuauhtemotzin, rey de México; Tecuitipotzin, la reina su esposa; el rey de Aculhuacan, Coatnacoatzin; el de Tlacopan, Tetelepanquetzalitzin, y otros. Al ser aprehendido Cuauhtemotzin, dijo con entereza:

“Soy vuestro prisionero, y no os pido otra cosa sino que trateis á mi esposa y á las damas que la acompañan, con las consideraciones que merecen su sexo y condicion.”

Viendo que Olguin se inquietaba por otras barcas que parecian huir, le dijo Cuauhtemotzin: “No os inquieteis, que en cuanto los nobles sepan que he caído prisionero, se apresurarán á venir á morir á mi lado.”

Conducidos los prisioneros á la presencia de Cortés, que se hallaba á la sazón en la azotea de una casa de Tlaltelolco, les trató con marcadas consideraciones: Cuauhtemotzin le dijo: “Valiente general, he hecho cuanto me fué posible por la defensa de mi patria;” y poniendo la mano en un puñal que llevaba en la cintura, añadió: “quítame la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.”

Cortés le dijo que no era prisionero suyo, sino del más grande monarca de Europa, á cuya piedad le recomendaria para la devolucion del trono.

Cuauhtemotzin conoció sin duda la falta de sinceridad de semejantes palabras, y la poca fe que merecía el pérfido amigo de Moctezuma, pues se limitó á suplicar por sus súbditos vencidos ya.

Se dispuso que los mexicanos saliesen de la ciudad sin armas y sin cargas, y tres dias se vieron pasar grupos como de esqueletos, que atravesaban por en medio de las ruinas, y se retiraban á sus pueblos.

La fetidez de los cadáveres era insoportable y peligrosa: por todas partes se veían asquerosos despojos humanos: muchos lugares del suelo presentaban excavaciones de los que habian buscado raíces para alimentarse: muchos árboles no tenían corteza, porque la habian devorado los sitiados, creyendo con eso mitigar el hambre.

Cortés mandó sepultar los cadáveres y que se quemase una inmensa cantidad de leña, que á la vez que purificase la atmósfera solemnizara la victoria.

Luego que eundió la noticia de la toma de la capital, se sometieron casi todos los pueblos á Cortés, con excepcion de algunos que aun dos años despues continuaron haciendo la guerra á los españoles.

Los aliados volvieron satisfechos á sus pueblos, sin comprender los estúpidos que habian trabajado, como dice Clavijero, en la obra de su esclavitud y envilecimiento.

Escaso fué el botin que se repartió entre las tropas,

y aun el participio que de él tuvo el rey de España, sea porque los mexicanos arrojasen al lago sus tesoros, ó porque en los diferentes saqueos los aliados habian hecho desaparecer las riquezas.

Consumóse la conquista el 13 de Agosto de 1521, dia en que se posesionaron los españoles de la ciudad, 196 años despues de fundada por los aztecas, y 169 años despues de erigida su monarquía, cuyo trono ocuparon sucesivamente once soberanos.

El sitio de México duró 75 dias. El número de mexicanos que perecieron en los combates se calcula en más de 100,000, y 50,000 que murieron por la infeccion del aire, las enfermedades y otras causas.

“El rey de México—dice Clavijero, á quien no queremos dejar de copiar aquí literalmente,—á pesar de las magníficas promesas del general español, fué despues de algunas dias puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarle á declarar dónde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos, y de allí á tres años ahorcado por ciertas sospechas, juntamente con los reyes de Texcoco y Tlacoapan.

“Los mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron á su ruina, quedaron, á pesar de las cristianas y humanitarias disposiciones de los Reyes Católicos, abandonados á la miseria, á la opresion y al desprecio, no sólo de los españoles, sino tambien de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, castigando Dios en la misera-

UNIVERSIDAD DE BILBAO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"AMONSO REYES"

Vol. 1625 MONTEBAY, MEXICO

“ble posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la  
 “crueldad y la supersticion de sus antepasados, ho-  
 “rrible ejemplo de la justicia divina y de la instabi-  
 “lidad de los reinos de la tierra.”

## TERCERA PARTE.

### LECCION PRIMERA.

Consumacion de la conquista.—Cortés Capitan general.—Época vi-  
 reinal.—Monarcas españoles.—Recopilacion de Indias.—Provin-  
 cias.—Divisiones históricas.—Aseo y division de la ciudad.—Cor-  
 tés en Coyoacan.—Ayuntamiento.—Suplicio de Cuauhtemoc.—  
 Distribucion del botin.—Nombramiento de Garay.—Leonel Cer-  
 vantes.—Importaciones de Cortés.—Tapia gobernador.—Anula-  
 cion de los *repartimientos*.—Concesion benéfica de la corte.—  
 Llegada de los padres franciscanos en 1524.—Marcha Cortés á  
 Hibueras.—Revueltas y motines.—Regreso de Cortés.—Tormento  
 á Rodrigo de Paz.—Mando de Cortés.—Residencia de Ponce de  
 Leon.—Su muerte.—El Lic. Márcos Aguilar queda con el go-  
 bierno civil y deja el militar á Cortés.

Consumóse, como hemos explicado, la conquista de  
 México en 13 de Agosto de 1521. Clavijero compara  
 el sitio de la ciudad al de Jerusalem, tan famoso en  
 la historia por sus espantosos estragos.

El propio autor calcula en cien mil los mexicanos  
 que perecieron en esta lucha tremenda, sin contar  
 con los que destruyó el hambre, la sed y la peste. De